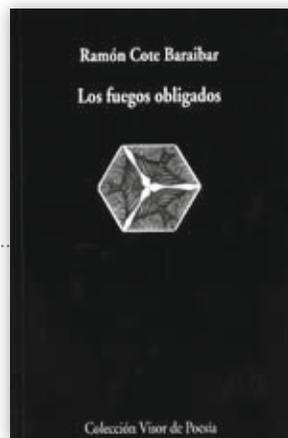


izquierda es un traidor. Jamás se le pasó por la cabeza que alguien puede cambiar de doctrina política movido por el examen de la historia. Sus conceptos y lenguaje, al hablar de los conversos a la causa de la derecha, se parecen a los empleados por los estalinistas de vieja data al aludir a las desertiones de Arthur Koestler y George Orwell, Guillermo Cabrera Infante y Mario Vargas Llosa, entre otros. En dos pasajes de la semblanza de Gaviria, el lector no sabe a santo de qué, Robles Zabala invoca el legado de Manuel Marulanda: “Creía, como lo sostenía Manuel Marulanda, que el gran problema que afectaba el desarrollo del país eran las grandes concentraciones de tierra en pocas manos” (122); “Hizo proselitismo político y asesoraba ideológica y jurídicamente a los mismos hombres del campo por los que Manuel Marulanda había decidido a tomar las armas” (125). El procedimiento argumentativo es sencillo: al contrastar la maldad del traidor (José Obdulio Gaviria), sus fines ruines y su consanguinidad con Pablo Escobar, con la figura de Tirofijo, el líder y fundador de las FARC sale airoso, digno de una estatua. Ningún reproche le merecen las prácticas nocivas de la insurgencia: secuestro, siembra de minas antipersona, reclutamiento forzado de menores. Porque, y es una actitud extendida entre los miembros de la izquierda, el valeroso denunciante de las tropelías de la derecha asesina guarda silencio ante los desmanes de la guerrilla fanática.

Respaldo la opinión de Joaquín Robles Zabala, expuesta en otro artículo de *Semana*: “Cuando un periodista se casa con las tesis de un grupo político se convierte solo en un relacionista público, en una voz replicante de una bitácora al servicio de intereses particulares y mezquinos”. A *Los buenos muchachos del ex-presidente* le calza el diagnóstico: se amanceba con una mirada partidista, la de los enemigos de Álvaro Uribe Vélez, restándole interés al trabajo. Muy pronto percibe el lector la existencia de dos bandos: el de los buenos (antiuribistas) y el de los pillos (uribistas). Así es el país, parece decir Robles Zabala, y sanseacabó. Con lo anterior no desacredito de plano sus pesquisas: hay cosas que la justicia debe aclarar y, claro, llevar a la cárcel a aquel que haya violado la ley. No obstante, la misión del periodista no consiste en suplantar a los jueces en su tarea de definir la inocencia o no de un ciudadano, sino en buscar con prudencia y gallardía la verdad —no importa si suena grandilocuente e ingenuo—, porque, de lo contrario, seguirá en el papel del imbécil útil de los grupos en pugna. ■

Ángel Castaño Guzmán (Colombia)

Los fuegos obligados de Ramón Cote Baraibar y el fulgor oculto de los días



Los fuegos obligados
Ramón Cote Baraibar
Visor Libros
Bogotá, 2014
87 p.

En los poemas de Ramón Cote Baraibar existe una necesaria relación entre el entusiasmo irredimible del instante perdido, al que se dice adiós con temblor y con el corazón acojonado, y el poder de las palabras que le vuelven a dar vida a lo que se desvanece en el flujo del tiempo, como si aquello que una vez fue volviera a habitar el tiempo como una forma oculta de redención que hace posible continuar viviendo con dignidad.

Ramón Cote nació en 1963. Su primer libro fue publicado en 1984 por ediciones Arnao, de Madrid, donde se graduó en historia del arte en la Universidad Complutense. Al instalarse en Colombia, se dedicó a la publicidad. Ha publicado ensayos sobre poesía colombiana en revistas como *Ínsula*, y en 1992, con el título de *Diez de ultramar*, publicó una muestra de poesía latinoamericana joven que abarcaba nombres como José Luis Rivas, Coral Bracho, Raúl Zurita, Fabio Morabito, Yolanda Pantin y Eduardo Chirinos.

Poemas para una fosa común, su primer libro, publicado en España por Arnao editores en 1984 y reeditado en Colombia en 1985 por la Fundación Guberek, es una impaciente mezcla de influencias, en palabras

de Juan Gustavo Cobo Borda. Desde la voz de su padre, Eduardo Cote Lamus, en sus imágenes de árboles y ríos, como en el poema "Pasado", hasta en sus incursiones en la historia y en la coagulación de esta en una ciudad, como aquella que albergó la biblioteca de Alejandría.

Está también presente el proverbial triángulo de la época que integraban Aurelio Arturo, Álvaro Mutis y Alejandra Pizarnik. Pero no solo hay allí la apropiación de la literatura. Una berlina varada cerca de Bucaramanga o un cementerio de Suba le dan pie para fotografiar una realidad escueta y un ámbito muy colombiano, donde el paisaje se siente respirar. Proseguirá estas búsquedas en su segundo volumen, *El confuso trazado de las fundaciones* (1991), donde de Bogotá vamos a Grecia, y el viejo edificio del colegio, en un domingo vacío, le restituye la inutilidad como "único don / reconocible", en esa aseveración que apunta tanto al poeta como a la misma poesía. Se fijará así en "la desolación / que nace en las cosas que se descuidan".

Botella papel (1999) fue pensado como un libro unitario. A partir de la voz de quien compra bultos de periódico y botellas vacías, intenta una antropología del recuerdo, al rescatar esas figuras ya casi desaparecidas que cruzaban Bogotá con el pregón de sus oficios: un afilador, un calderero, un vendedor de carbón o de corbatas, un fotógrafo de parque. No quedan muchos, y los réquiems que les dedica buscan mostrar un legado de humanidad terca y trabajada. De infancia marcada por esos sonidos. Y constata, a la vez, lo inexorable de su eclipse: el fotógrafo decaerá en mendigo, y la desaparición del zapatero remendón de barrio presagiará la conversión de ese universo encantado de las casas íntimas en la urbe de negocios y oficinas. En esta poesía vislumbramos la forma como detrás de lo cotidiano alienta el mito.

En el año 2003 publica en España *Colección privada*, ganadora del III Premio Casa de América de Poesía Americana, donde rinde homenaje a cuadros y pintores amados. Su formación le permite intentar una fusión entre la poesía y la historia del arte para situar, en diálogo afectivo, esas obras que hace suyas incorporándolas a su lenguaje y su visión.¹

Los fuegos obligados, su siguiente libro, está lleno de hallazgos que el lector agradece: la sorprendente aparición de una mujer mayor que, en medio de una bulliciosa calle, parece dirigirse en el día de su primera comunión al altar de su encuentro con Dios, y que ha roto los lazos del tiempo, en "Direcciones opuestas"; la celebración honda y nostálgica de un día de playa, y el

deseo de hacerlo eterno para sus hijas, en la salmodia de un canto que dice por lo bajo el padre en "Tríptico de playa Marbella"; la conmovedora y deseosa luz que ofrece la luna, con "esa confianza que se convierte en fulgor / esa paz que se hace luz, luz momentánea pero duradera, / como esas lámparas que los propietarios / en los largos meses de las vacaciones / dejan a propósito encendidas / para indicar a los posibles intrusos / que la casa vacía permanece habitada" en "Luna de septiembre", nos ofrecen la convicción de que un oficio que se inició en la adolescencia, y que se ha mantenido incólume a través del tiempo, ha convertido a Ramón Cote en una referencia entusiasta para los lectores de poesía en nuestro país desde hace varios años.

"Apretando contra el pecho / ese mínimo botín de la victoria" abandona el muchacho el sitio donde ha conocido la alegría de obtener una fugaz e inolvidable forma de felicidad en un partido de béisbol solitario y último, aquel con el que se conmemora de forma íntima la expulsión del paraíso de la niñez. Como sucede en el poema "Nociva nostalgia" de *Los fuegos obligados*, los lectores de Ramón Cote Baraibar hemos ido acumulando, a lo largo de sus libros de poesía, formas verdaderas de encuentro en el tráfigo de los días, una suerte de leve alegría, simplemente instalada allí, como lo quiere Charles Bukowski. Y ese don que un instante cualquiera nos ofrece, magnificado por el poder salvífico de la palabra, nos acompaña con el fulgor de la poesía en *Los fuegos obligados*, XXIII Premio Unicaja de Poesía en Cádiz, libro publicado inicialmente por la editorial Visor de España en 2009, y reeditado por la filial de esta editorial en Colombia en 2014.

En la poesía de Ramón Cote, un instante cualquiera, escogido del futuro, el pasado o el presente, pero siempre con un énfasis particular en un pasado un poco brumoso y mítico, tiene una vida propia gracias a la voz que lo nombra, que da existencia a hechos en apariencia fútiles, de una intensidad conmovedora o que acaso quisimos olvidar y no pudimos. La intensidad del sentimiento y el poder de la inteligencia que ilumina se hacen uno en la verdad de la palabra que bautiza aquello que no había sido dicho, y que por ende no existía para nuestra conciencia, y permiten que el poeta viva junto a los demás de manera significativa, nimbando de una forma particular de permanencia aquella levedad del instante que de otra manera no existiría para la memoria y la imaginación.

La naturaleza que se hace cultura, o la cultura transmutada en realidad natural, es uno de los asuntos

y ejes temáticos más apasionantes que recorren la voluntad de composición de los poemas de Ramón Cote, y en los versos de *Los fuegos obligados* podemos descubrir una de las más hermosas y sugestivas insinuaciones que nos ofrece esta poesía del despojamiento y la imaginación: la atención morosa del historiador del arte y la voz irremplazable del poeta, identificadas y comprendidas con sus matices.

En ese espíritu comprensivo y vital podemos leer un poema de *Los fuegos obligados*, cuyo tema en apariencia nimio nos pone en frente la sabiduría y el poder de convocación de los versos que podemos leer en este libro:

Tristia

Cierto temor que a veces se confunde
con un elemental instinto de conservación,
nos pide
que se dé nombre a lo que se fuga,
que se designe con certeza la desesperanza
a la redonda.

Por lo pronto sé
que un dos de junio, por allá de 1983,
te llamé Tristia para mi desolación,
cuando entrabas tan intocable, tan decidida
a no compartir tu belleza con nadie,
a ver la más vulgar de las películas mexicanas.

El poeta sabe que la realidad está habitada por presencias que su mente no puede mostrar del todo, pero también está convencido de la capacidad que tienen las palabras para convocar esa zona de opacidad en la cual se define la lucha del poema por hablar de lo indecible, aquello que está frente a nosotros y no sabemos ver, sino gracias al poder de convocación del lenguaje. Uno de los atributos esenciales de esta poesía es que se sirve de la inteligencia, pero siempre reconociendo que lo decisivo no se resuelve por un simple acto de cognición, y le permite al lector vislumbrar ese sitio único, alado, en el que lo esencial parece ofrecernos otra nueva conquista cada vez, una que no es reductible de manera exclusiva a los logros del pensamiento, aunque se ha valido de ellos para llegar a ser en el mundo. Conciencia de la fragilidad, confesión de hallarse frente a un espacio indomeñable, en esta poesía hay una búsqueda de aquellos rincones donde todo parece estar a punto de desaparecer y, sin embargo, continúa en su terca persistencia en la materia ofreciéndonos su horror y su maravilla.

Los poemas de *Los fuegos obligados* de Ramón Cote Baraibar nos ofrecen en su levedad el que parece ser el vuelo de una flecha, el instante irreplicable. Nos

hablan de la intimidad y el trato afectuoso con aquello que no debemos dejar que se haga rígido en la costumbre; juegan con la música, la naturaleza, el deseo, la sensualidad, las reflexiones sobre el poder y el paso del tiempo, y permiten que el amor y el deseo vividos con intensidad, los recuerdos mágicos de la niñez, la leal admiración y el tenaz esfuerzo, dejen su huella imantada en el paso de los días, canten sus derrotas y maravillas, y nos ofrezcan una nueva manera de permanecer vivos, deseando descubrir el mundo otra vez, con valentía, encontrando en la poesía una forma de permanencia poderosa e íntima, delicada y cercana.

Fe en la palabra del poema y oficio que permite labrar el campo con sosiego, con el poder del terco que sabe dónde se esconde el tesoro y lo busca y le prodiga sus cuidados para que el fruto crezca y llegue sin temor a la boca, rumoroso canto que desea permanecer en ternos corazones y no reduce a fórmulas su fundamental llamado a la ternura, a la fortaleza, son fuerzas que viven en los poemas de Ramón Cote, y su lección de nostálgica confianza nos permite atravesar la noche y vislumbrar una mañana de pequeños milagros que no se desharán entre las manos, merced a la labor salvífica de la palabra que recuerda y nombra lo perdido. **U**

Juan Felipe Robledo (Colombia)

Profesor Pontificia Universidad Javeriana

Notas:

¹ El panorama de los libros de poesía de Ramón Cote anteriores a *Los fuegos obligados* es una síntesis del texto de la *Historia de la poesía colombiana Siglo xx* de Juan Gustavo Cobo Borda. Bogotá: Villegas editores, 2008. pp. 477-480.

